

XV

La guardia nacional, reunida de nuevo por Mr. de Lafayette, volvió á Paris triunfante, aunque triste. Descubríase en su actitud que marchaba entre la gloria y la vergüenza, mal segura de lo mismo que habia hecho. En medio de algunas aclamaciones con que se la vitoreaba al pasar, oíanse tambien fuertes imprecaciones á media voz. Las palabras de asesinato y venganza eran más que las de civismo y adhesion á la ley. Triste y silenciosa desfiló la guardia nacional por delante del edificio en que estaba reunida aquella Asamblea que acababa de defender, y más triste y silenciosa aún por debajo de las ventanas de la monarquía, cuya causa acababa de sostener más bien que la del monarca. Bailly, frío é impasible como la ley, y Lafayette, resuelto como un sistema, no habian sabido darle otro impulso que el de sus rigurosos deberes. Terminada su faccion, volvió á arrollar la bandera encarnada, manchada ya en sangre, y se dispersó, batallon por batallon, por las sombrías calles de Paris, más bien como una gendarmería que viene de asistir á la ejecucion de un reo, que como un ejército que vuelve de obtener una victoria.

Tal fué esta jornada del Campo de Marte, que dejó respirar tres meses á la Asamblea, de los que no supo aprovecharse; que intimidó por algunos dias á los clubs, pero que no volvió ni á la monarquía ni al orden público la sangre que habia costado. Lafayette tuvo en sus manos en este dia la monarquía y la república, pero no supo apoderarse de una ni otra, ó tal vez no quiso más que restablecer la tranquilidad.

XVI

Bailly fué al dia siguiente á la Asamblea á dar cuenta del triunfo obtenido por la ley. Manifestó el dolor que se habia apoderado de su alma al verse obligado á obrar con la severa energía que le prescribia su deber. «La sublevacion se habia efectuado,—dijo,—y era preciso usar de la fuerza. El merecido castigo ha caido sobre los criminales.» El presidente aprobó en nombre de la Asamblea el comportamiento del corregidor, y Barnave dió las gracias á la guardia nacional en términos muy frios y con bastante timidez. Sus alabanzas parecian casi unas excusas, y el entusiasmo de los vencedores empezaba á disminuir. Petion lo conoció, y se levantó para hablar sobre un proyecto de decreto que acababa de proponer contra los promovedores de asonadas. Estas palabras en boca de Petion, que se sabía era amigo de Brissot y de los demas conspiradores, fueron recibidas al principio con sarcasmo por los miembros del lado derecho, y aplaudidas por los del lado izquierdo y las tribunas. Barnave los reconcilió. La victoria del Campo de Marte empezaba ya á ser objeto de contestaciones en la misma Asamblea. Los clubs volvieron á abrirse aquella noche, y Robespierre, Brissot, Danton, Camilo Desmoulin y Marat, que habian estado ocultos algunos dias, volvieron á aparecer más audaces que ántes. La indecision de sus enemigos les tranquilizó completamente. Atacando las facciones todos los dias á una ley que se contentaba con defenderse, no podian ménos de lograr que aquélla se cansase muy pronto. De acusados se convirtieron én acusadores, y sus hojas volantes, que habian dejado de publicarse unos dias, aparecian de nuevo, llenas de todo el veneno que el miedo habia infiltrado en el cora-

zon de sus autores. Estos cubrieron de execracion los nombres de Bailly y de Lafayette y sembraron la venganza en el ánimo del pueblo, poniendo sin cesar ante sus ojos los sangrientos sucesos del Campo de Marte. La bandera encarnada se convirtió en símbolo del gobierno y en mortaja de la libertad. Los conspiradores se dieron á sí mismos el nombre de víctimas, y alarmaron el espíritu público con fingidos relatos de las más odiosas persecuciones.

XVII

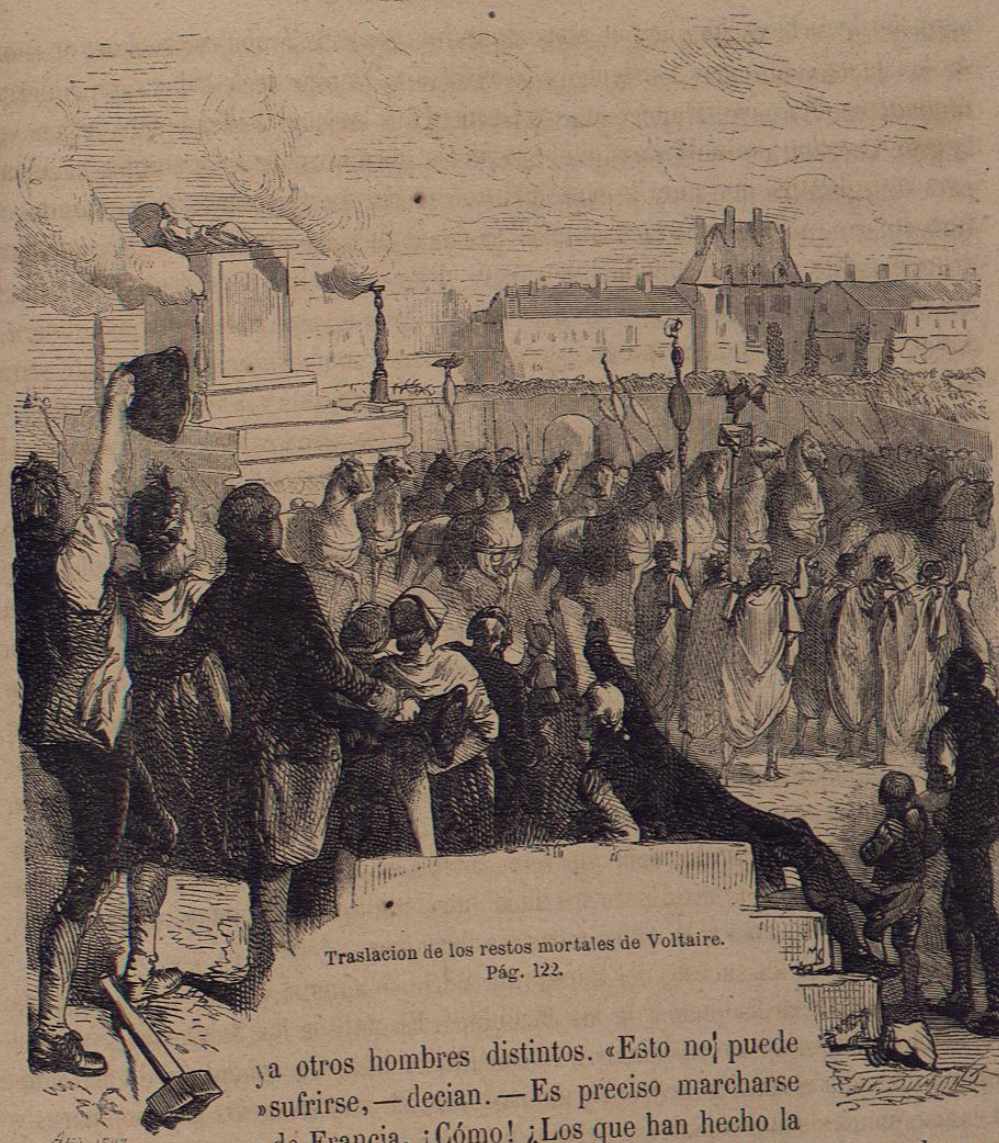
«Ved — escribia Desmoulin — á esos satélites de Lafayette que salen furiosos de sus cuarteles, ó por mejor decir, de las tabernas, y que cargan con bala delante del pueblo. Los batallones de la aristocracia se animan con esto á la carnicería, y sobre todo, en los ojos de la caballería se distingue la sed de sangre á que le incita la doble embriaguez del vino y de la venganza. Ese ejército de verdugos se encarniza particularmente en las mujeres y los niños, y el altar de la patria está cubierto de cadáveres. Lafayette empapa sus manos en la sangre de los ciudadanos; ¡esas manos odiosas y viles, que siempre que las mire me parecerá que las veo destilar gota á gota esa inmensa cantidad de sangre inocente que bárbaramente han derramado, en el mismo sitio en que se habian levantado al cielo jurando defenderla!... Desde aquel fatal momento, los mejores ciudadanos se hallan proscriptos ó se les prende en sus mismos lechos, apoderándose de todos sus papeles y haciendo pedazos sus prensas, en tanto que se confeccionan cada dia nuevas listas de proscripcion. Los moderados fijan y firman estas listas. Es preciso — dicen — purgar la sociedad de los Brissot, de los Garra, de los Petion, de los Bonneville, de los Freron, de los Danton y de los Desmoulin. ¡Danton y yo no hemos podido salvarnos de ser asesinados sino con la fuga! ¡A los patriotas se les llama facciosos!» «¡Se encuentran hombres — añadia Freron — que justifican aquellos cobardes asesinatos, aquellas delaciones y aquellas confiscaciones de las prensas! ¡Esa funesta bandera de color de sangre ha estado ocho dias colocada en los balcones de la casa de la ciudad, cual lo estaban en otro tiempo en el templo metropolitano los estandartes recogidos en el campo en medio de los cadáveres de los enemigos!... Han llegado hasta apoderarse de las prensas del impresor de Marat, — dice en otra parte. — El nombre del autor debia ser suficiente para que no se tocara á aquellas prensas. La imprenta es un objeto tan sagrado como la cuna de un recién nacido, respetada antiguamente en todos los embargos judiciales. Reina en la ciudad el silencio de los sepulcros, los sitios públicos se hallan desiertos, y en los teatros no se oyen sino los serviles aplausos dados al realismo, que triunfa allí lo mismo que ha triunfado en las calles. ¡Qué impacientes estábais vos, señor Bailly, y vos, traidor Lafayette, por hacer uso de esa terrible arma de la ley marcial! No, nada podrá lavar en adelante las manchas de la sangre de vuestros hermanos que tiñe vuestras fajas y vuestros uniformes; sangre inocente que caerá gota á gota sobre vuestros corazones, y que cual veneno lento devorará hasta el último de vosotros.»

En tanto que la prensa revolucionaria introducía en las almas el veneno del resentimiento, tranquilizados los clubs por la apatía de la Asamblea y por la escrupulosa legalidad de Lafayette, sufrían de rechazo, aunque débilmente, las con-

secuencias de la victoria del Campo de Marte. Operábase una escision en el seno de los Jacobinos, entre los miembros exaltados de esta sociedad y sus primeros fundadores, Barnave, Duport y los Lameth. Esta escision habia tenido origen en la gran cuestion de la no reelegibilidad de los miembros de la Asamblea nacional para la legislativa que muy pronto debia sucederla. Los jacobinos puros, unidos á Robespierre, querian que la Asamblea nacional en masa abdicase, y se condenase de este modo al ostracismo político, para dejar el campo libre á otros hombres nuevos, más impregnados todavía del espíritu de la época. Los jacobinos moderados y los constitucionales miraban esta abdicacion como un acto tan funesto para la monarquía como perjudicial á su ambicion, porque querian apoderarse del poder que acababan de fundar. Creian que sólo ellos eran capaces de moderar el movimiento que habian excitado, y querian reinar en nombre de las leyes confeccionadas por ellos mismos.

Robespierre, por el contrario, conociendo su impotencia en una Asamblea que se compusiese de los mismos elementos que la actual, quiso que quedasen fuera en la que nuevamente iba á formarse, sujetándose á sufrir él mismo la ley que trataba de imponer á sus colegas. Es preciso convenir, sin embargo, en que Robespierre tenia otra asamblea en la que sólo se hacia oír su voz, y en la que mandaba en jefe: esta asamblea era el club de los Jacobinos. Fuese prudencia ó fuese cálculo, no se le escapaba á Robespierre que los jacobinos dominarian en una Asamblea nueva, indecisa y compuesta de hombres desconocidos la mayor parte de la nacion. Como faccioso, le bastaba con que reinasen las facciones, porque con el instrumento que él se habia creado en los Jacobinos, unido á su inmensa popularidad, tenia certeza de reinar solo sobre todas las facciones.

Al verificarse los sucesos del Campo de Marte se agitaba ya esta cuestion, cuya tendencia era á la disolucion de los Jacobinos. El club de los Fuldenses, rival del anterior y compuesto en su mayoría de constitucionales y de miembros de la Asamblea, tenia una actitud más legal y monárquica. El odio á los excesos populares y á las personas de Robespierre y Brissot inducia á los primeros fundadores del club de los Jacobinos á amalgamarse con los Fuldenses. Temblaban los Jacobinos al considerar que el imperio de las facciones huia de sus manos, y que aquellas divisiones intestinas les iban debilitando cada dia más. «La corte es—decia Camilo Desmoulins—la que fomenta entre nosotros este cisma y la que ha inventado este infame medio de arruinar el partido popular; ella conoce muy bien á Lameth, á Duport, á Barnave y á Lafayette, y á otra porcion de los que primero figuraron en la sociedad de los Jacobinos. ¿Qué querian todos estos cortesanos? se ha preguntado entónces á sí misma. Querian llegar á los primeros destinos empujados por las olas de la multitud y por el viento de la popularidad, deseosos de obtener todos los mandos, de apoderarse de los ministerios, y sobre todo de juntar mucho oro. El favor de la corte, de que carecian, les impedia volar en alas de su ambicion, y á falta de éste, quisieron bogar contra la corriente, apoderándose de los remos del pueblo. Mostremos á Barnave y á los Lameth que no volverán á ser reelegidos y que no podrán llegar á obtener ningun cargo importante sin que pasen cuatro años. Entónces se pondrán furiosos y volverán á unirse con nosotros. Yo he visto á Alejandro y á Teodoro Lameth el dia ántes que Robespierre hiciese adoptar la no elegibilidad. Los Lameth todavía eran patriotas entónces; al dia siguiente eran



Traslacion de los restos mortales de Voltaire.
Pág. 122.

ya otros hombres distintos. «Esto no puede sufrirse,—decian.—Es preciso marcharse de Francia. ¡Cómo! ¿Los que han hecho la Constitución verán impasibles que la próxima legislatura destruya una obra que tanto les ha costado? ¿Nos veremos forzados á oír desde las galerías de la Asamblea al primer tonto que se le antojó subir á la tribuna á combatir todo lo mejor que hayamos hecho, sin que nosotros podamos defenderlo?» ¡Ah! ¡Pluguiera á Dios que fuesen ellos los que saliesen de Francia! ¿No hay motivo para despreciar profundamente á la Asamblea y al pueblo de Paris, al ver que lo que causa todas estas disensiones es el miedo de que el poder se escape de manos de los Lameth y de Lafayette, y de que Duport y Barnave no sean reelegidos?»

Alarmado Petion con estos síntomas de intestinas discordias, habló en un sentido conciliador en la tribuna de los Jacobinos. «Estais perdidos — dijo — si los miembros de la Asamblea os abandonan, pasándose en masa á los Fuldenses. El imperio de la opinion se os escapará, y esas innumerables sociedades cuyo espíritu dirigis en toda Francia, romperán el lazo que las une con vosotros. Anticipaos á los golpes de vuestros enemigos, dirigid una alocucion á las sociedades afiliadas, y tranquilizadlas en cuanto á vuestras opiniones constitucionales. Decidles que os calumnian y que estais muy léjos de ser facciosos; decidles tambien que, léjos de querer perturbar la tranquilidad pública, no teneis otro objeto que el de evitar

todos los disturbios con que nos amenaza la fuga del rey. Decidles, finalmente, que nos atenemos sobre este particular á la influencia imponente y rápida que vamos reconquistando en la opinion pública. Respeto á la Asamblea, fidelidad á la Constitucion, decision por la libertad y por la patria: hé aquí nuestros principios.» Esta alocucion, dictada por una hipocresía hija del miedo, fué adoptada y enviada á todas las sociedades del reino. A esta medida siguió un expurgo de la sociedad de los Jacobinos, no quedando más que el núcleo primitivo y reorganizándose en seguida por votacion pública. Petion dirigió y presidió esta operacion.

Los Fuldenses, por su parte, escribieron á las sociedades patrióticas de los departamentos, y las facciones tuvieron un momento de interregno. Las sociedades departamentales no tardaron mucho, sin embargo, en pronunciarse en masa, revolucionaria y casi unánimemente, en favor de los Jacobinos. «Union pura y sencilla con nuestros hermanos de Paris»; tal fué el grito de todos los clubs, de los cuales seiscientos enviaron sus actas de adhesion á los Jacobinos. Los diez y ocho restantes se pronunciaron por los Fuldenses. Las facciones conocieron, como lo habia conocido la nacion, la necesidad que tenian de estar unidas. El cisma de la opinion quedó sofocado por el entusiasmo de la grandeza de su obra. Petion, en una carta á sus comitentes, dió cuenta de aquellas tentativas abortadas de division entre los patriotas, y denunció á los disidentes con las siguientes palabras: «Tiemblo por el país. Los moderados tratan ya de reformar la Constitucion, y de volver al rey un poder apenas reconquistado todavía por el pueblo. El alma se entristece al considerar las siniestras intenciones de esos hombres. A mi empieza ya á faltarme el valor, y estoy muy próximo á abandonar el puesto en que vuestra confianza me ha colocado. ¡Oh, patria mia! ¡Si tú te salvas, yo exhalaré en paz mi último suspiro!»

De esta manera hablaba Petion, que empezaba ya á ser el ídolo del pueblo. No tenia este hombre ni la audacia ni el talento de Robespierre, pero le llevaba la ventaja de saberse cubrir con el vergonzoso velo de la hipocresía cuando las situaciones podian tener un doble resultado. El pueblo le tenia por honrado, y su palabra tenia sobre las masas la autoridad que da la fama, bien ó mal adquirida, de ser hombre de bien.

XVIII

La coalicion que denunciaba al pueblo era cierta. Barnave estaba de acuerdo con la corte, y Malouet, miembro elocuente y hábil del lado derecho, tenia inteligencias con Barnave. Estos dos hombres, unidos hoy y enemigos encarnizados ayer, habian concertando un plan de comun acuerdo para modificar la Constitucion. Llegado era el momento de encuadernar en un solo tomo todas aquellas leyes dispersas votadas en medio de una revolucion que contaba treinta meses de existencia. Separando en esta revision de las actas de la Asamblea la parte orgánica de la que no lo era, no podia ménos de suceder que tuviesen que volverse á discutir todos ó casi todos los artículos de la Constitucion. Para corregirlos en sentido más monárquico, era preciso aprovechar la nueva reaccion que la victoria de Lafayette habia producido. Lo que la pasion y la ira habian arrebatado á las prerogativas de la Corona, la razon y la reflexion podian devolvérselo. Los mismos hombres que habian colocado el poder ejecutivo en manos de la Asamblea, confiaban ahora en arran-

cárselo, creyendo que nada habia imposible para su elocuencia y popularidad. Estos hombres, como todos los que suben en alas del movimiento revolucionario, creian que les sería mucho más fácil bajar, porque no reparaban que aquellas fuerzas de que tan enorgullecidos estaban no eran suyas propias, sino de aquella misma revolucion que les habia hecho subir á la altura en que se encontraban. Los sucesos iban á enseñarles muy pronto que no hay fuerzas suficientes contra las pasiones, cuando se ha cedido una vez á ellas. La fuerza de un hombre de Estado es su carácter, y una pequeña consideracion con las facciones, ó la concesion más insignificante, son compromisos contraidos con ellas de que no es fácil desprenderse. En cuanto uno ha consentido en servirles de instrumento, podrá llegar á ser su ídolo ó su víctima; jamás conseguirá dominarlas como dueño y señor absoluto. Barnave iba á conocerlo demasiado tarde, y los girondinos debian conocerlo despues.

Malouet puso en conocimiento de los principales miembros del partido realista el plan que habia combinado con Barnave, que sustancialmente era como sigue: Malouet subiria á la tribuna, y en un discurso vehemente y razonado atacaria todos los vicios de la Constitucion; demostraria al mismo tiempo que, si la Asamblea no trataba de corregir estos vicios ántes de presentar la Constitucion para que fuese jurada por el rey y por el pueblo, éstos no jurarian sino la anarquía. Los trescientos miembros del lado derecho debian apoyar con sus aplausos las acusaciones del orador. Entónces Barnave se levantaria aparentemente irritado, pidiendo la palabra para contestar al preopinante, y en un discurso capcioso vengaria á la Constitucion de las invectivas de Malouet, conviniendo, sin embargo, en que aquella Constitucion, improvisada en el ardor del entusiasmo de una revolucion y bajo la influencia de azarosas circunstancias, podia tener algunas imperfecciones. Entónces debia proseguir su discurso diciendo que la reflexion y la sabiduría de la Asamblea podian remediar aquellos pequeños defectos ántes de separarse, y que entre otras mejoras de que aquella obra era susceptible, podrian retocarse dos ó tres artículos en que las atribuciones de los poderes ejecutivo y legislativo no estaban bien definidas; concluyendo con que esto podia hacerse de suerte que se restituyese al poder ejecutivo la independencia y accion indispensables á su existencia. Los amigos de Barnave, de Lameth y de Duport, y todos los demas miembros del lado izquierdo ménos Robespierre, Petion, Buzot y los republicanos, apoyarian estrepitosamente aquel discurso, y en seguida se nombraria una comision especial para revisar los artículos en cuestion. Esta comision terminaria su trabajo ántes que finalizase aquella legislatura, y los trescientos votos de Malouet, unidos á los constitucionales que seguian á Barnave, constituirian una mayoría inmensa en favor de aquellas enmiendas, que habian de restaurar la monarquía.

XIX

Los miembros del lado derecho se negaron unánimemente á apoyar este plan. «Corregir la Constitucion, sería sancionar la revolucion. Unirse á los facciosos, sería convertirse en facciosos. Restaurar la monarquía por mediacion de Barnave, sería degradar al rey hasta el extremo de hacerle estar reconocido á un faccioso. Sus esperanzas no eran tan insignificantes que no le quedase otro remedio á su